

## Respuesta a Jerónimo Ríos Sierra y Diego Rossello\*

(2019) Routledge  
Nueva York, 275 pp.

Paulo Ravecca  
Universidad de la República  
ORCID ID 0000-0002-9754-9520  
[paulo.ravecca@cienciassociales.edu.uy](mailto:paulo.ravecca@cienciassociales.edu.uy)

Cita recomendada:

Ravecca, P. (2019). Respuesta a Jerónimo Ríos Sierra y Diego Rossello. *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, 16, 394-403.

doi: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2019.5044>

«Si el sujeto se reduce al rígido reflejo del objeto al que necesariamente falta el objeto, el cual sólo se abre al excedente subjetivo en el pensamiento, resulta el silencio espiritual sin paz de la administración integral. Únicamente una consciencia infatigablemente reificada se figura o hace creer a los otros que posee fotografías de la objetividad. Su ilusión se transforma en inmediatez dogmática.»

Theodor Adorno

«(...) 'quién soy yo', y la imagino protestando en silencio, impotente, impaciente ante el narcisismo incorregible de un hijo que no parece interesarse más que por su propia identificación, mejor dicho, la de su doble, desgraciadamente, el hermano muerto.»

Jacques Derrida

*The Politics of Political Science* (2019) es producto de más de una década de trabajo en torno a varias de mis obsesiones intelectuales, políticas y existenciales. El libro vio la luz en febrero de este año y ha tenido la suerte de ya haber sido leído y problematizado por colegas en diversos eventos y en distintas partes del mundo. El

\* Agradezco a Marcela Schenck por la permanente e inspiradora interlocución intelectual. Sus reflexiones enriquecieron esta respuesta.

texto transita y recoge un arco amplio de temas, circunstancias y tiempos, y esa condición plural ha sido parte central de las conversaciones. Volver como lector a lo que uno escribió a través de la mirada de *otres* es un privilegio para saborear y agradecer: se descubren otros libros en el libro, nada menos. Si bien cada encuentro es único, este intercambio se inscribe en la saga de un modo especial, porque por vez primera las reflexiones sobre el texto quedarán —están quedando— plasmadas en un nuevo texto, con todo lo que ello implica. Agradezco entonces a *Revista Eunomia*, y a Jerónimo Ríos Sierra y Diego Rossello por la generosidad, el cuidado y la profundidad de sus comentarios. Sus reacciones me han hecho rumiar, como decía Nietzsche (1989, p. 23), y expandir mi propio pensamiento. Advierto desde el vamos que no tengo discrepancias salientes con ninguno de los dos, así que ésta será una oportunidad para reflexionar colectivamente, más que para ‘debatir’ en clave de «escritura fortaleza», para tomar la traducción (muy precisa, por cierto) que hace Rossello de una de las categorías a las que el texto apela.

El libro es una meditación teórica sobre la relación entre el conocimiento y la política<sup>1</sup> y sobre el poder emancipatorio de la (auto) reflexión, que toma a la ciencia política latinoamericana como su escenario o plataforma empírica<sup>2</sup>. En este sentido se inscribe en los estudios sobre el desarrollo y la historia de la disciplina, proponiendo un giro crítico en dicho campo<sup>3</sup>. Una de sus premisas centrales es que, dado que el conocimiento y el poder están imbricados, las dinámicas de poder han de ser aprehendidas de forma profunda solo si analizamos críticamente los conocimientos ‘oficiales’ que las reproducen a nivel de la episteme<sup>4</sup>. En otras palabras, la autorreflexión disciplinar es ciencia política porque expande el saber y la reflexión sobre la política (la introspección es *extrospección*). El libro ensaya además una teorización de mayor ambición sobre el abuso, el trauma y la opresión, y hace una apuesta fuerte por la capacidad de la (auto) reflexión, o reflexividad<sup>5</sup>, para emancipar e incluso reparar. No se trata, empero, solamente de enfrentar las tendencias autoritarias y abusivas del otro sino sobre todo de cuestionar los modos en que ellas ya están operando en nuestro interior (personal o institucional). La autorreflexión es entonces una práctica de desarticulación de nuestras tendencias autoritarias, ejercidas al amparo de la naturalización y el camuflaje<sup>6</sup>. Este argumento general se vuelve sobre la ciencia política misma: los estudios disciplinares pueden funcionar como voz crítica y ayudar a proteger (y a crear) la pluralidad *vis-à-vis* prácticas dogmáticas (y por ende antidemocráticas) que suelen emerger en su interior enarbolando la bandera de la objetividad, de la buena ciencia, e incluso de la democracia misma. Obviamente el argumento teórico esgrimido también tiene implicaciones sobre cómo ejercer esta crítica: el libro, si es consecuente, no puede ser abusivo con lo criticado, en este caso su propio hogar intelectual. Por ello, el texto cuestiona y celebra a la ciencia política.

<sup>1</sup> Dejo a un lado aquí la distinción conceptual, importante en los debates de teoría política, entre ‘la política’ y ‘lo político’ (para un recorrido sucinto pero completo por dichos debates ver Menéndez-Carrión, 2015).

<sup>2</sup> Más específicamente, el libro ofrece estudios en profundidad de la ciencia política en Chile y Uruguay, aunque la mirada trasnacional, que abarca incluso a Canadá y Estados Unidos, es transversal a todo el proyecto.

<sup>3</sup> Para una introducción breve a este campo de estudio ver Bulcourf, Krzywicka y Ravecca (2017).

<sup>4</sup> En palabras más intelectualmente intensas, «*knowing the ways of knowing is a powerful way of knowing the object known*» (Ravecca, 2019, p. 229).

<sup>5</sup> Sobre la noción de reflexividad ver Amoureux y Steele (2016).

<sup>6</sup> En este sentido, como ha señalado Marcela Schenck, el libro propone un cuestionamiento de la otredad como construcción ajena al ‘yo’: categorías/prácticas como la opresión y la violencia no son patrimonio de otro, son vinculares y situadas, y potencialmente reproducidas (hasta desde lugares considerados de ‘subalternidad’) si no se ejercita una reflexividad constante.

Estos diversos registros en que el texto transcurre están articulados, aunque son hasta cierto punto distinguibles. Los comentarios de Ríos Sierra y Rossello transitan por ellos con impecable sistematicidad. Sin duda, la ideología y la objetividad son dos cuestiones centrales. El libro argumenta que, si bien la ciencia no se reduce a la ideología, sí tiene una dimensión ideológica irrefutable. La ciencia política suele promover el liberalismo en nombre de la objetividad. Ejercer la ideología en nombre de su ausencia tiene gran efectividad (ideológica, precisamente)<sup>7</sup>. Cuanto más se coloca una ideología o una perspectiva en un pedestal inalcanzable, más riesgos de acriticidad existen. El libro despliega este análisis ideológico de la disciplina a través de distintas estrategias metodológicas y teorías que no voy a detallar aquí<sup>8</sup>. Sí quiero comentar que apelo a la teoría *queer*, que se caracteriza por politizar la identidad, para visualizar cómo la ciencia política construye su yo disciplinario de modos que terminan naturalizando al capitalismo. Así, una teoría post- sale en 'defensa' (epistemológica) del marxismo. El género de la ciencia política en la región es liberal y capitalista (aunque sabemos que no hay género sin fluidez...). Este deliberado sincretismo conceptual y metodológico del libro está recogido en una de sus categorías centrales: la de relacionalidad compleja.

El libro puede leerse también como un cuestionamiento a la pretensión de objetividad. Los tres estamos de acuerdo en que, más que la (búsqueda de) objetividad, es la totalización de la objetividad como criterio de demarcación de la buena ciencia lo que subtiende un ejercicio de poder hacia adentro y hacia afuera del campo científico. Como dijo Gayatri Spivak alguna vez, yo no quiero que el otro sea como yo: o sea, es esperable que haya colegas que estudian la política desde enfoques cuyos fundamentos epistemológicos los anuden indefectiblemente a la objetividad; es esperable incluso hasta que sean la mayoría quizá. Lo que no es esperable ni deseable es, sin embargo, que el positivismo se vuelva un dogma que, por su condición de tal, invalide otros modos de concebir el quehacer científico (Jackson, 2011; Monroe, 2005; Levine y McCourt, 2018). Eso destruye la pluralidad del mundo (pienso por supuesto en Hannah Arendt), no sólo del científico, con efectos devastadores como los que señala Adorno en la cita que preside este texto.

La totalización de la objetividad es un embuste. Además de ejercer poder de modos que erosionan y excluyen formas legítimas (o razonablemente legítimas) de saber, esconde la precariedad de sus fundamentos. Tengo para mí –quizá porque la experiencia de la terapia psicoanalítica está inscripta en mi manera de analizar– que el embuste no es un mero engaño, mucho menos una mentira... se trata de una narrativa que sostiene una identidad, una forma de estar en la disciplina que envuelve a los sujetos, que sostiene su autoimagen, en la ilusión de ser algo que no son... Si hay fetichización y reificación no puede haber más que bloqueo de la reflexión (Ollman, 1971).

Ríos Sierra hace correctamente referencia a las transformaciones que, de acuerdo con mi análisis, la Guerra Fría y la dictadura indujeron en las ciencias sociales uruguayas. Concretamente, señala la sustitución de «la particular ciencia política previamente existente» por parte de este nuevo momento liberal. Esto me lleva a clarificar el siguiente matiz, que creo que está adecuadamente identificado en el libro:

---

<sup>7</sup> El libro tiene un compromiso ideológico de izquierda, pero no reduce ciencia a ideología. En mi perspectiva, la ideología no encorseta, es nuestro vínculo con la ideología lo que puede encorsetar: la idea de que hay que pensar más allá de las 'anteojeras ideológicas' es un corsé ideológico que reproduce e invisibiliza la dominación. Alguien me llamó la atención sobre la dimensión de género de esta imagen. El lapsus viene bien, pues trasmite la multidimensionalidad (y la corporeidad) de los procesos de poder, un motivo central del texto.

<sup>8</sup> Sobre esto y para un comentario general y cuidadoso del libro ver Santiago (2019). La reseña escrita por Marcela Schenck para *Civitas* es también una excelente y exhaustiva guía para su lectura.

strictu sensu, antes de la transición democrática no había ciencia política en el país, al menos en tanto espacio disciplinar consolidado. La disciplina solo se enseñaba en algunas cátedras dispersas en la universidad pública. Por tanto, más que una transformación de la disciplina, lo que hubo fueron desplazamientos ideológico-epistemológicos en las élites intelectuales que se sustanciaron, entre otras manifestaciones, en el establecimiento de la ciencia política. En otras palabras, la institucionalización misma de la ciencia política fue un punto nodal en el tránsito de 'la revolución' a 'la transición'. También parece importante subrayar que en Uruguay más que «un sentido destructivo para con la tradición marxista», lo que primó fue la indiferencia. Y que tanto en Chile como en Uruguay el trauma del autoritarismo generó un rechazo a la polarización: el trauma es, en sí mismo, el cambio ideológico. El punto de contraste entre ambas experiencias es, por supuesto, como aclaran ambos comentaristas, la ausencia de ciencia política autoritaria en Uruguay y una más moderada penetración del neoliberalismo en este caso<sup>9</sup>.

Resultan de particular interés las referencias españolas y portuguesas que trae Ríos Sierra a procesos análogos de ciencia política autoritaria. Otros colegas han encontrado puntos de conexión significativos con, por ejemplo, Brasil, México y Venezuela (Bulcourn, Gutiérrez Márquez, y Cardozo, 2015; Rojas Silva y Baquero 2017). Me parece que estamos colectivamente construyendo una suerte de política comparada del saber y el poder que se hace de las herramientas de la teoría crítica y que cuestiona versiones idealizadas, y un tanto reduccionistas, del itinerario disciplinar mientras, además, enriquece el conocimiento de los procesos políticos en cuestión.

Ríos Sierra expresa, con gran poder de síntesis, que «cuanto más complejo, más democrático». En efecto, concibo estos ejercicios de complejización como parte de un proyecto democrático, dentro y fuera de la disciplina. Me parece potente su observación, por un lado, porque es productivamente contraintuitiva (la propuesta de democratizar el acceso a la complejidad toma el lugar del mucho más manido gesto de simplificar en nombre de la democracia) y, por otro lado, porque de algún modo recoge el 'corazón' del libro. Hay un compromiso ético-político en el mantenimiento de la complejidad en operación y, en este sentido, la resistencia a la simplificación venga de donde venga –la del liberalismo dominante, pero también la que proviene de adentro– es una de las tareas más relevantes de la teoría crítica hoy.

Vuelvo a este tema más adelante, pero desde ya me vienen a la cabeza las advertencias que hace Geoffrey Bennington sobre la obra de Derrida en el libro que traje a colación Rossello y que, gracias a él, devoré (Bennington y Derrida, 1994). La deconstrucción, subraya, no es un ejercicio nihilista sino de apertura al otro. Algo análogo debo decir aquí. La política de la ciencia política (que, como indica Rossello, es el concepto que más trabajo hace en el libro) no se desliza hacia el nihilismo<sup>10</sup> ni tampoco decreta muertes prematuras (Cansino, 2008). Tampoco quiere habitar un enojo perpetuo. Me gustó en ese sentido lo que dijo Ana María Araújo en el primer evento sobre libro en Uruguay: se trata de un texto epistemofílico que cuestiona, como señaló Sol Montero en Buenos Aires, géneros de escritura, abriéndolos a la incertidumbre. Ese también es un gesto de búsqueda del otro. De hecho, concibo la crítica como un gesto de gratitud y de respeto. Escribí este libro como estudiante: y qué mejor tributo a los sabios de la tribu que la crítica, que el cuestionamiento, que la separación empática (que es lo contrario a la lógica de la lista negra o de la horda). El libro ha sido tildado de parricida. Podría responderse que sin parricidio no hay

<sup>9</sup> Esto sin importar la definición específica que adoptemos del mismo. Sobre la noción de neoliberalismo ver Amadae (2016), Brown, (2015), Harvey, (2005), Saad-Filho y Johnston (2005) y Menéndez-Carrión (2015).

<sup>10</sup> Agradezco este apunte a Fernando Leiva.

crecimiento y desarrollo, pero, además, el texto no puede hacerse cargo de la fragilidad ni de las emociones de ningún (autodesignado) 'padre'. No se puede cargar con lo del otro. Empatía no significa falta de firmeza. Adicionalmente, el terreno de la crítica *nunca* es personal. Este aserto puede verse como paradójico viniendo de alguien que pone a disposición la subjetividad para el análisis, pero no lo es: la elaboración de la subjetividad y de la ideología es precisamente lo que potencia su rigor. La tarea que tenemos entre manos es importante, y nos trasciende. No hay tiempo para la autoindulgencia del subjetivismo, como en innumerables ocasiones ha subrayado Amparo Menéndez-Carrión.

Rossello señala la dificultad de comentar el libro debido a la diversidad de aspectos que integra. Yo mismo experimento esa dificultad, ahora mismo. Como dije al comienzo de estas líneas se trata de un texto que opera en registros múltiples (que lo haga bien, mal, o más o menos, es otro asunto). Rossello agrega que combina recursos metodológicos «contrapuestos». Por su parte, Ríos Sierra indica que apelo a técnicas propias de la ciencia política pero también a estrategias exógenas, en particular la autoetnografía. Es interesante esta cuestión de la supuesta incompatibilidad entre metodologías, por un lado, y del adentro y del afuera disciplinar, por el otro. Me pregunto si de algún modo no estamos los tres siendo comentados por el género 'ciencia política' (va aquí un guiño a la crítica de Rossello). ¿Cómo salir de un género sin quedar (completamente) fuera, es decir, manteniendo la posibilidad de la interlocución, al menos de la palabra audible?

El tema es que además 'los géneros', en este caso la identidad disciplinar, se construyen, en buena medida, a base de violencia. El conocimiento no está separado de la vida. Afecta y es afectado por nuestras experiencias vitales. La academia es, entre otras cosas, un espacio de convivencia donde nos pasan cosas que nos construyen, y nos destruyen... Resulta llamativo y descorazonador que, como relata Rossello, la reacción dominante frente al cuestionamiento de las dinámicas fraternales y heteronormativas que realicé en ALACIP Lima, haya sido la defensividad en lugar de la reflexividad. Pero lo que está fuera de lugar es la discriminación y la afrenta que genera, no su problematización 'en público' (que, por lo demás, hice en clave analítica, argumentando que en esos encuentros interpersonales también se juega 'la democracia'). Es el colmo, aunque no sorprendente<sup>11</sup>, que tenga que aclarar esto y entonces cobra sentido grave la pregunta que (me) hace Rossello: ¿podrá surgir algo bueno de ese 'yo disciplinar'?

La respuesta es que sí. Pienso que solo es posible analizar y entender lo que se respeta y a lo que se le adjudica complejidad, textura, contradicción, potencialidad. (Abro paréntesis: en algunas conversaciones he notado que se asume que yo rechazo la ciencia política autoritaria chilena... en realidad me intrigó, me interné en un mundo interesante; tiendo a suspender el juicio para poder pensar, prefiero que el mismo surja holísticamente, por así decir, del proceso analítico y reflexivo). El gesto crítico tiene que permanecer generoso. Sé que es pedir (nos) mucho, demasiado, a los sujetos subalternos dentro de la disciplina. También se podría señalar que ese nivel de reflexividad donde se es *generosx*, incluso frente a una insistente falta de contrapartida, es un acto que solo puede hacerse desde cierto privilegio. Voy a volver a esto al final de esta reflexión. Pero por algún lugar hay que empezar a construir algo distinto. Como dice Ríos Sierra «el campo de batalla sigue abierto». Y, además, el saber no solo es campo de batalla, es también refugio.

---

<sup>11</sup> Como ha señalado Marcela Schenck, es coherente con el ejercicio de exclusión que reafirma las fronteras del 'nosotros' y naturaliza la violencia asociada a esa construcción.



A la «academia modelada a partir de la virilidad militar» (Diego Rossello *dixit*) no se puede responder con más militarización. En eso sin duda coincidimos. En mi perspectiva es entonces necesario persuadir a los colegas de que cuando la reflexión pasa por la subjetividad, y que cuando esta última se pone a disposición de la investigación, se refina la captación analítica del poder y que este es, por ende, un modo de trabajo académico valedero. En este caso el *insight* teórico de que la opresión puede provenir de cualquier lugar y ser ejercida en nombre de cualquier cosa 'cobra vida' gracias a la exploración que hace el capítulo IV de un episodio de mi vida personal. Si un comunista<sup>12</sup> (supuesta garantía de virtud en mi entorno de entonces) puede ser abusivo, ¿por qué el liberalismo (asumido como virtuoso por el *establishment*) no puede serlo?

Rossello interroga críticamente esta opción por la escritura en primera persona, e indica la ausencia de referencias a Derrida, un autor que deconstruyó al yo narrador y a la noción misma de identidad. En este sentido, Rossello se pregunta hasta qué punto un texto que se presenta como post-estructuralista puede depender fuertemente de una noción de 'yo narrador':

¿No es justamente el propio Foucault quien declama la muerte del autor y se propone escribir como si no tuviese rostro? Puesto de otro modo, resulta difícil escribir desde un yo narrador de experiencias personales sin estar siendo escrito, por así decirlo, por el género mismo de la confesión.

Dos respuestas rápidas podrían ser, primero, devolverle a *Diego* la imagen de la escritura fortaleza y preguntarle si «la muerte del autor» no puede funcionar también como un lugar donde el académico (¡nuevamente!) se esconda. Segundo, podría señalar que mi libro no es cabalmente post-estructuralista pues se sitúa en la fricción entre distintas teorías críticas y sus variopintas economías de la violencia conceptual; en efecto, este posicionamiento está explicitado a través de la categoría de relacionalidad compleja a la que hice referencia arriba<sup>13</sup>. Sin embargo, los sesudos señalamientos del profesor Rossello requieren ser respondidos con más cuidado, y en eso concentraré mi esfuerzo en las páginas que siguen.

Sobre la no-inclusión, más que exclusión, de Derrida, quisiera decir lo siguiente. En este libro me propuse *hacer algo*: realizar un ejercicio de reflexión sobre la relación entre el saber y la política situado en la ciencia política; para ello convoqué a compañeros y compañeras de viaje y me hice de un conjunto de recursos que considero aptos, varios de los cuales son mencionados por Rossello en su comentario. No me tracé como meta una suerte de expansionismo enciclopédico. El ejercicio se podría haber hecho con otra compañía y con otros recursos. Eso no me genera reparo alguno. En un evento en Canadá se señaló la ausencia de *autorxs* decoloniales (ausencia relativa, pues hay referencias a Enrique Dussel y otras figuras de esta corriente de pensamiento). Jacques Derrida se cuenta entre esas incontables ausencias.

Por otra parte, escribir en primera persona y confesarse no son, desde mi perspectiva, sinónimos (Ravecca y Dauphinee, 2018; Ravecca, 2016). El acto de la confesión deja a escribiente y lector/a en soledad, pues no hay aprendizaje ni conceptualización. La exposición por la exposición misma, o a modo de catarsis, es

<sup>12</sup> Aclaro que no se trata de «un reconocido líder comunista uruguayo», sino más bien del reconocimiento que gozaba en mi entorno la condición de comunista en sí. El protagonista de la historia era un militante, no un miembro de la élite 'del Partido'. Este malentendido es conceptualmente productivo.

<sup>13</sup> Concretamente: «*I am not 'fully' post-structuralist because the experience of psychoanalysis (and, in a different way, Marxism) was also critical in the incomplete reflexive journey of becoming myself. My intuitions on the self and on politics (to retheorize, the and is needed) lie on a never-fixed point of tension or friction between different critical theories and experiences, including the poetic*» (Ravecca, 2019: 191).

un acto ateorico que deja atrapados a lxs interlocutores en la incomodidad de compartir un material con el cual no se sabe qué hacer. La autoetnografía no es una confesión: ni en el sentido que la conciben Brigg y Bleiker (2010), metodológicamente más orientados hacia el afuera (construcción de conocimiento) ni como Dauphinee y yo mismo la imaginamos en «Narrative and the possibilities for scholarship», donde las reglas del encuentro no se fijan de antemano y se dejan en suspensión. En todo caso se trata de pensar, de conocer, de una búsqueda de sí y del otro. Me vienen a la cabeza varios textos 'narrativos' que despliegan el poder deconstructivo que reclama Rossello (donde también incluyo «Circonfesión», por cierto). Por ejemplo, Dauphinee (2013), Öberg (2015 y 2016) y Kurowska (2019)<sup>14</sup>.

Mi libro hace su intento, probablemente fallido, de circonfesión, «es decir, una especie de elusión o circunvalación del género confesional...» como dice Rossello, donde teoría, historia, memoria, y presente se contaminan mutuamente. En realidad, no estoy convencido del contraste que establece Rossello, dado que «Circonfesión» encarna precisamente ese modo de escritura que navega, transita, aprehende y habita la '*differenzia*' de modos que la escritura académica, por su rigidez (puritanismo academicista le llama Ríos Sierra), no puede. Es más: podría decirse que ambos libros comparten una estructura donde hay contrastantes temperaturas epistemológicas. En el caso de *Jacques Derrida* lo caliente estaría en la base de la página (reconozco la limitación de la imagen térmica; me lo señaló Niki Johnson y además el capítulo V elabora sobre eso). El desafío, también compartido, es que la complejidad que se nombra devenga una experiencia en la lectura. ¿Qué pasa cuando se habita, físicamente, un texto? En estos días se me ha ocurrido que las narrativas tienen una fisicalidad que desafía los excesos de abstracción de la reflexividad.

Pensar la política en términos de economía de la violencia supone que no es todo igual pero que tampoco hay un afuera superior o supremo. En este sentido me pregunto hasta qué punto la fragmentación post-estructuralista del sujeto no es una injusticia epistémica que facilita la continuación de la opresión. O, al menos, un *way out*, un escape de la responsabilidad. Después de todo, somos *hermanxs*, padres, *amigxs*, parejas, *ciudadanxs*, y experimentamos una cierta unidad en nuestras vidas. Por ejemplo, cuando alguien que lastimamos en el pasado nos lo cuestiona. El rostro no es renunciante. Me parece entonces que, por así decir, la literalización de la deconstrucción del sujeto (que no es lo que hizo Derrida ni es tampoco la posición de Rossello) puede derivar en simplificación. Parece necesario evitar la ilusión de una presencia absoluta, pero también los determinismos y la reificación de la noción de fragmentariedad/movilidad del sujeto (el propio post-estructuralismo puede ser autoritario). *Yo sé que yo soy yo*, y eso importa. Por supuesto que hay movilidad, contingencia, complejidad, incluso fragmentación... pero también hay reconocimiento, memoria, identificación. Lo que vuelve estimulante al ejercicio de reflexividad y de la voz en primera persona es precisamente habitar activamente la imposibilidad de la plenitud y de la completitud<sup>15</sup>. Como decía Freud acerca del análisis, la reflexividad es imposible y necesaria, falla todo el tiempo. Va de suyo que, además, hay narrativas académicas en primera persona que ejercen violencia y simplificación. El formato no garantiza el éxito; hablar en nombre de la autorreflexión,

<sup>14</sup> Otras perspectivas críticas de la reflexividad y la escritura narrativa pueden encontrarse en Hamati-Ataya (2014) y Knafo (2016).

<sup>15</sup> En esta dirección apunta Judith Butler (2007: 30): «No considero que el post-estructuralismo conlleve la desaparición de la escritura autobiográfica, aunque sí llama la atención sobre la dificultad del 'yo' para expresarse mediante el lenguaje, pues este 'yo' que los lectores leen es, en parte, consecuencia de la gramática que rige la disponibilidad de las personas en el lenguaje. No estoy fuera del lenguaje que me estructura, pero tampoco estoy determinada por el lenguaje que hace posible este 'yo'».

tampoco. Cómo criticar las narrativas personales es un desafío metodológico y teórico estimulante (Ravecca y Dauphinee, 2018).

El trauma puede devenir en un lugar potente desde donde construir pensamiento, empatía, incluso ciudadanía, pero no hay garantía de que ello ocurra. En efecto, el trauma puede extenderse indefinidamente y generar formas del daño que operan incluso en nombre de su superación (Edkins, 2003; Giorgi, 1995; Kellermann, 2001; LaCapra, 2009; Sneh & Cosaka, 2000). Otro tanto ocurre con la experiencia de la opresión y la afrenta: de las luchas contra la injusticia pueden surgir renovadas manifestaciones de la opresión, donde la «injuria» (Eribon, 2001) se desplaza hacia otro lugar ('el derechista', 'el homófobo', 'el racista', 'el positivista'...) pero no hay reforma de la subjetividad y, por tanto, no se construye un lugar distinto. No hay una curaduría de la experiencia en un sentido emancipador ni nuevas formas de encuentro con el otro. Este es un punto muy importante para mí: cuando la reflexión es obturada en nombre de la justicia, la opresión es (otra vez...) el resultado. No me refiero a la pérdida del *freedom of speech* (libertad de expresión), que es el modo en que el debate es normalmente estructurado desde el *mainstream* social y académico. Más bien pienso en el peligro de la invisibilización de otras opresiones que emergen del discurso de la inocencia. El capítulo IV del libro intenta desandar, precisamente, el apego a la (propia) inocencia: la inocencia de la 'víctima' o del sujeto subalterno.

El sujeto subalterno ('la clase obrera', 'la mujer', 'la persona en situación de discapacidad', 'los pueblos originarios', el joven Paulo del capítulo IV) no es intrínsecamente mejor que el opresor. Pareciera que el modo en que logramos impugnar la injusticia es por medio de la idealización de *les oprimides*. Pero dado que la opresión y el privilegio son constelaciones móviles y que además estamos insertos e insertas en economías de la violencia donde sacamos ventaja de algunas ignominias mientras sufrimos otras, esta fórmula sencilla, de buenos y malos, tan omnipresente hoy en tantos discursos –también en muchas narrativas académicas en primera persona y en la teoría crítica– está destinada a fallar. Por eso no puedo estar de acuerdo con que «si todos los hombres fueran como mujeres no habría torturadores» como dice Rossello a través de Puig, aunque por supuesto entiendo la intención conceptual de lo que, después de todo, es una imagen efectiva para transmitir una idea. Lo que hace la política emancipatoria y el gesto crítico es desandar *relaciones* que envuelven a todos sus (desiguales) partícipes. La revolución libera al opresor de su condición.

Hay preguntas que, en estos tiempos, en que la reflexión parece estar minada desde distintos flancos, parecen arrojarnos a la soledad. ¿Qué significa narrar dolor y experiencias de abuso manteniendo un tratamiento ético del abusador? O sea, ¿cómo no abusar al abusador en nuestra escritura? La tentación de quedarse en la bronca y en la arrogancia ética es enorme. Pero solo así, es decir, navegando esta tensión, volviendo a la reflexividad una praxis, colocando la crítica ahí, donde nos cuesta, parece pensable una salida a la lógica del abuso. Es en este contexto teórico que considero a la escritura de narrativa en primera persona como gesto democrático, donde la pluralización de la experiencia y el mantenimiento de la complejidad y de la contradicción constituyen, paradójicamente, un sólido fundamento para vivir una vida ética, también como sujetos escribientes. Incluso cuando estos textos fracasan permiten entrar en un diálogo, inhabilitado en la escritura académica dominante, donde la lectura puede sorprender al texto.

Quiero invitar a otra voz para el cierre, y llamar la atención sobre un trabajo bella y oscuramente cuestionador. Frente a él, mi libro (no solo el capítulo IV sino toda su apuesta a la autocritica y la reflexividad) tambalea. Saoirse Caitlin O'Shea (2019) argumenta que la narrativa autoetnográfica implica un momento de epifanía, de



redención, y un yo-futuro que habla de un pasado que lo constituye. O'Shea muestra cómo esta estructura es en sí misma violenta, pues excluye a quienes no habitan condiciones de posibilidad que sostengan tal tránsito. Sus notas acerca de su padre y de cómo su escritura no puede sino repetir el ciclo de la violencia (no siempre el abusado puede evitar abusar al abusador) son devastadoras. ¿Cómo ejercer la generosidad (política e interpersonal) cuando se habita un daño que sigue ocurriendo? No quiero llevar el discurso del privilegio a extremos que niegan la agencia, pero sí es cierto que no siempre se puede sanar y por tanto ejercer la empatía. ¿Es esto un cuestionamiento a la estructura misma de cualquier noción de emancipación o al menos de una emancipación demasiado 'ilustrada'?

De esta guisa, mi respuesta ha llegado a un atolladero: el gesto del capítulo final de rescatar el momento frío (la distancia respecto del objeto de análisis) y la pluralidad epistemológica propuesta —tan ecuánime y prolijamente presentada que parece apta incluso para estómagos positivistas sensibles— pueden leerse como una concesión, como 'gesto de *establishment*'. Me pregunto si *The Politics of Political Science* es exageradamente 'equilibrado', 'sobrio' y, por qué no, un poquitín conservador. ¿Será que, a pesar de todos sus esfuerzos en la dirección contraria, este libro *puede leerse* como 'masculino' y 'racional'?

## Bibliografía

- Amadae, S. M. (2016). *Prisoners of reason: Game theory and neoliberal political economy*. New York: Cambridge University Press.
- Amoureux, J. L., & Steele, B. J. (Eds.). (2016). *Reflexivity and international relations: Positionality, critique, and practice*. New York: Routledge.
- Bennington, G. (1994). Derridabase. En G. Bennington y J. Derrida, *Jacques Derrida*. Madrid: Cátedra.
- Brigg, M., & Bleiker, R. (2010). Autoethnographic international relations: Exploring the self as a source of knowledge. *Review of International Studies*, 36, 779-798.
- Brown, W. (2015). *Undoing the demos: Neoliberalism's stealth revolution*. New York: Zone.
- Bulcours, P., Gutiérrez Márquez, E., & Cardozo, N. (2015). Historia y desarrollo de la ciencia política en América Latina: Reflexiones sobre la constitución del campo de estudios. *Revista de Ciencia Política*, 35(1), 179-199.
- Bulcours, P., Krzywicka, K., & Ravecca, P. (2017). Reconstruyendo la ciencia política en América Latina. *Anuario Latinoamericano—Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales*, 5, 17-31.
- Butler, J. (2007 [1990]) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona: Paidós.
- Cansino, C. (2008). *La muerte de la ciencia política*. Rosario: Espacios políticos.
- Dauphinee, E. (2013a). *The politics of exile*. New York: Routledge.
- Derrida, J. (1994). Circonfesión. En G. Bennington y J. Derrida, *Jacques Derrida*. Madrid: Cátedra.
- Edkins, J. (2003). *Trauma and the memory of politics*. New York: Cambridge University Press.
- Enloe, C. (2004). *The curious feminist: Searching for women in a new age of empire*. Los Angeles: University of California Press.
- Eribon, D. (2001). *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona: Anagrama.
- Giorgi, V. (1995). Represión y olvido: El terrorismo de estado dos décadas después. En V. Giorgi (Ed.), *Represión y olvido: Efectos psicológicos y sociales de la violencia política dos décadas después* (pp. 53-66). Montevideo: Roca Viva Editorial.

- Hamati-Ataya, I. (2014). Transcending objectivism, subjectivism, and the knowledge in-between: The subject in/of 'strong reflexivity'. *Review of International Studies* 40(1), pp. 153–75.
- Harvey, D. (2005). *A brief history of neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press.
- Jackson, P. T. (2011). *The conduct of inquiry in international relations: Philosophy of science and its implications for the study of world politics*. London: Routledge.
- Kellermann, N. P. F. (2001). Transmission of holocaust trauma. Jerusalem: Yad Vashem, The World Holocaust Remembrance Center. Recuperado de [www.yadvashem.org/yv/en/education/languages/dutch/pdf/kellermann.pdf](http://www.yadvashem.org/yv/en/education/languages/dutch/pdf/kellermann.pdf)
- Knafo, S. (2016). Bourdieu and the dead end of reflexivity: On the impossible task of locating the subject. *Review of International Studies*, 42(1), pp. 25–47.
- Kurowska, X. (2019). When one door closes, another one opens? The ways and byways of denied access, or a Central European liberal in fieldwork failure. *Journal of Narrative Politics*, 5(2), pp. 71-85.
- LaCapra, D. (2009). *Historia y memoria después de Auschwitz*. Buenos Aires: Prometeo.
- Levine, D. J., & McCourt, D. M. (2018). Why does pluralism matter when we study politics? A view from contemporary international relations. *Perspectives on Politics*, 16(1), pp. 92-109.
- Menéndez-Carrión, A. (2015). *Memorias de ciudadanía. Los avatares de una polis golpeada. La experiencia uruguaya*. Montevideo: Fin de Siglo.
- Monroe, K. (2005). *Perestroika! The Raucous Rebellion in Political Science*. New Haven, CT: Yale.
- Nietzsche, F. (1989). *Genealogy of morals*. New York: Vintage Books.
- O'Shea, S. C. (2019). My dysphoria blues: Or why I cannot write an autoethnography. *Management Learning*, 50(1), pp. 38-49.
- Öberg, D. (2015). Violent fragments. *Journal of Narrative Politics*, 1(2), pp. 150-52.
- Öberg, D. (2016). Tomorrow the war starts. *Journal of Narrative Politics*, 2(2), pp. 169-75.
- Ollman, B. (1971). *Alienation: Marx's conception of man in capitalist society*. Recuperado de [www.dialecticalmaxism.com](http://www.dialecticalmaxism.com) (fecha de consulta: 11 de julio de 2017).
- Ravecca, P. (2016). The intimate architecture of academia. En E. Dauphinee y N. Inayatullah (Eds.), *Narrative Global Politics* (pp. 51–63). London: Routledge.
- Ravecca, P. (2019). *The Politics of Political Science: Re-Writing Latin American Experiences*. London y New York: Routledge.
- Rojas Silva, N., & Baquero, S. Á. (2017). 'Estancamiento paradójico': La ciencia política en los tiempos de la Revolución Bolivariana. *Anuario Latinoamericano-Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales*, 5, pp. 157-172.
- Santiago, D. C. (2019). Ravecca, Paulo. (2019). *The Politics of Political Science. Re-Writing Latin American Experiences*. New York, Estados Unidos de América: Routledge. 275p. *Las Torres de Lucca: revista internacional de filosofía política*, 8(15), pp. 251-256.
- Sneh, P., & Cosaka, J. C. (2000). *La shoah en el siglo: Del lenguaje del exterminio al exterminio del discurso*. Buenos Aires: Xavier Bóveda Ediciones.
- Spivak, G. Ch. (1988). ¿Puede el subalterno hablar? En C. Nelson y L. Grossberg (Eds.), *Marxism and the Interpretations of Culture*. Basingstoke: Macmillan Education. University Press.